

## LA MORAL MÍNIMA DE MARTÍN CERDA. LOS PRIMEROS CUARENTA AÑOS DE LA PALABRA QUEBRADA\*

CLARA MARÍA PARRA TRIANA\*\*

RECUERDO HABER LEÍDO por primera vez *La palabra quebrada. Ensayo sobre el ensayo* mientras escribía mi tesis doctoral sobre el pensamiento teórico, histórico y crítico de Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y José Carlos Mariátegui. Varias páginas han pasado desde entonces, varias lecturas y relecturas de *La palabra quebrada. Ensayo sobre el ensayo* (1982), texto al que siempre se vuelve, con cierta inquieta añoranza. La nueva reedición realizada por Ediciones Cormorán genera la ocasión propicia para registrar algunas reflexiones sobre la experiencia del encuentro con este texto inquietante, conmovedor y “extraño” dentro de la tradición ensayística hispanoamericana y chilena.

En mi pesquisa de las teorizaciones sobre el ensayo que ayudaran a explicar cómo había llegado a ser el ensayo hispanoamericano de principios del siglo XX esa mega estructura interpretativa que reunió a intelectuales y artistas, que forjó escuelas y revistas, y que disparó certeramente a las

\* Esta nota se escribió inicialmente como presentación de la reedición chilena de *La palabra quebrada*, realizada por Cormorán ediciones/Colección Aurora de Chile en 2022. En esta instancia se llevó a cabo la primera versión del Seminario Permanente Martín Cerda el 18 y 19 de octubre de 2022, en la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Nueve años antes, Gonzalo Geraldo y Hugo Herrera Pardo preparaban *Precisiones*, también de Martín Cerda, a la par que convocaban a un conversatorio en la Universidad de Viña del Mar sobre el autor. De esa ocasión surgió un texto que posteriormente publiqué en la revista *Mapocho* (Parra, 2017), por invitación de Hugo Herrera. En dicho texto, que quería ser un ensayo, intenté una lectura “en relación” entre las metáforas de la ruina y la máscara, presentes principalmente en los textos de *Escombros* y *Escritorio* (de Cerda) y el cuento de Álvaro Mutis “La muerte del estratega”, cuyo protagonista, Alar el Ilirio, responde a su forma de experiencia vital como lo haría el hablante del ensayismo de Martín Cerda: con una marcada desesperanza.

\*\* Doctora en Literatura Latinoamericana. Académica de la Universidad de Concepción, Chile. Correo electrónico: claraparra@udec.cl. Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-5590-4635>

membranas del dogmatismo positivista mediante la fundamentación de un latinoamericanismo crítico, *La palabra quebrada* se rehusaba a responder esas preguntas, pues no atendía los problemas del ensayo de interpretación que me empeñaba en explicar como un programa coherente, sustantivo y definitorio. Aquellos grandes ensayistas (incluyo, por supuesto, a Mariano Picón-Salas y a Ezequiel Martínez Estrada, entre otros) pretendían ser programa y hoja de ruta para un continente que se miraba al espejo con proyección futura. Esto último afianzó la idea de que las preguntas que le hacía a Martín Cerda no me serían respondidas, sino que debía mirar hacia atrás, justamente a la prosa de ideas decimonónicas que se había empeñado, un siglo antes que estos pensadores hispanoamericanos, en trazar los contornos y soñar apriorísticamente con un futuro social, político e intelectual<sup>1</sup>.

Horst Nitschack (2017) explicó esto años después cuando indicó en “El ensayo y la crítica de la modernidad. Pensar el ensayo latinoamericano desde las propuestas de Lukàcs y Adorno”, que mientras el ensayo latinoamericano encuentra en la prosa de ideas decimonónica su forma fundacional, el ensayo europeo lidia con el hiato que separa la reflexión científica de la filosófica, construye ahí su nicho y reclama su voz de resistencia. Nitschack explica la razón por la que *La palabra quebrada* parece ocuparse de un asunto muy diferente a los problemas de los ensayos de interpretación del canon hispanoamericano de la primera mitad del siglo XX, pues lejos de instalarse en la celebración, añoranza o proyección futura del proyecto moderno, *La palabra quebrada* reevalúa el acceso al afamado “banquete de la civilización” reyesiano (cf. Reyes, 1997), ya que cuestiona las promesas, supuestos y equívocos de dicho proyecto más que su indiscutida afiliación.

Quizá sea por lo anterior que se ha establecido una distancia entre la teoría del ensayo (y de las formas) que Martín Cerda (1982/2022) desarrolló en *La palabra quebrada*, y el ensayo hispanoamericano de cuño “interpretacionista”. Mientras los grandes ensayistas hispanoamericanos precisaban de la afirmación de la modernidad de nuestras ideas y tomas

<sup>1</sup> No obstante, se hace necesario recordar lo que Geraldo, Herrera y Pérez (cf. Cerda, 2014) reconstruyen a propósito de la exhumación de los archivos de Martín Cerda y que tomó la forma del libro *Precisiones. Escritos inéditos*, en 2014. Los editores cuentan dentro de los proyectos literarios perdidos en el incendio de la casa de huéspedes de la Universidad de Magallanes proyectos intelectuales mayores –además de *La palabra quebrada*– tales como los volúmenes *Montaigne y el Nuevo Mundo. El impacto de América en la cultura europea del siglo XVI*, *El viaje Austral. Tres navegantes al Pacífico sur en el siglo XVIII* y *Lecturas de Roland Barthes* (Cf. Cerda, 2014, p. 10). Dichos proyectos permiten afirmar que la reflexión sobre el desarrollo histórico de ciertos fenómenos y prácticas y su correspondiente interpretación no fueron iniciativas ajenas a la escritura de Cerda. Con estos volúmenes, sin duda, se le habría leído como un ensayista de largo aliento.

de posición político-culturales, en pos de ganar un lugar en la mesa de la discusión, el ensayista chileno exploraba en la vida íntima del intelectual (y del crítico cultural) burgués europeo (o de sus rezagos) para evaluar de forma revertida qué efectos tuvo el proyecto del individuo moderno en la solitaria y alienada vida del escritor y su consecuencia en las formas que adopta su trabajo intelectual.

Con varias relecturas mediante, prevalece la pregunta sobre cuál es la palabra que se quiebra en la obra de Martín Cerda. Sigo creyendo que la voz de la desesperanza es una de las que mejor se escucha en la larga conversación que supone la lectura de estas palabras sobre el ensayo, pero considero que, para clarificar en algo la visión desesperanzada de la historia que resuena en esta escritura, es preciso recomponer el entramado que subyace a las diferentes partes que componen este “libro de culto”, como lo denominan Gonzalo Geraldo y Pedro Mena Bermúdez, editores de esta última reedición chilena (Geraldo y Mena Bermúdez, 2022, p. 7).

Como bien sabemos, *La palabra quebrada, ensayo sobre el ensayo* (1982/2022), se compone de cuatro partes, precedidas por un prólogo dividido en pequeños fragmentos, el cual, a su vez, está precedido por un epígrafe de Roland Barthes, cuya alusión directa a la reflexión en primera persona apunta al reconocimiento del quiebre de la propia palabra para acercar los ojos a las rendijas que, entre fragmento y fragmento, posibilitan el ejercicio de la interpretación. Bajo este supuesto se regirá todo el discutir del texto de Cerda: la puesta en forma del quebrantamiento de la palabra en trozos desperdigados por los que corren los sentidos como efluvios, cuya dirección transita desapareja.

El prólogo sostiene una declaración de principios a partir de la defensa de lo fragmentario como una infracción, transgresión o desacato del discurso corriente que es, al mismo tiempo, la manifestación de una “forma de mirar al mundo”, producto de una crítica y resistencia a los emblemas de la sociedad moderna y su manifestación burguesa, razón por la cual este libro obedece más a una tradición europea (no hispana), que al aburguesamiento tardío hispanoamericano, cuya relación con el ensayo fue apenas parcial y pausadamente crítica de las adopciones modernizantes. Declara así mismo el autor la inserción de su pensamiento fragmentario en un arco que va de la visión romántica a la visión trágica, unida por la fallida aspiración del libro total, cuyo utopismo estaba condenado a la imposibilidad, de modo que, de alguna manera, la discontinuidad de esta “palabra quebrada” se libera en lo que ofrece a sus lectores y lectoras.

Dicha discontinuidad puede observarse en el parentesco y afinidad que *La palabra quebrada* declara y evidencia con *Mínima moralía*, de Theodor Adorno (1951/2021); de hecho, la puesta en forma de *La palabra quebrada*, su entramado y disposición recomponen el diálogo intelectual tácito que Adorno sostiene con su amigo Max Horkheimer, en la separación por la guerra y el exilio. Pero veamos de qué manera aquel entramado apunta hacia esa reconstrucción, ya que el énfasis con el que Cerda declara su afinidad con las formas “menores” del pensamiento teórico crítico y la inscripción que realiza de *Mínima moralía* en dichas formas de las que es continuador pueden ser una clave de lectura para leer además su ética ensayística, afín a los tiempos de la catástrofe de la modernidad.

Recordemos que *Mínima moralía* compila fragmentos de pensamiento organizados cronológica y temáticamente, dispuestos en tres partes fechadas desde 1944 hasta 1947, en lo que el autor denomina “lo suelto y exento de forma” (1951/2021, p. 21). Su decidida inscripción en la forma ensayística apunta a los modos que el sujeto implementa para registrar la experiencia, cuya crisis histórica anula toda pretensión de individualidad, burlando –a su vez– cualquier reivindicación de autonomía. Así lo señala Adorno:

[E]n la edad de su decadencia, la experiencia que el individuo tiene de sí mismo y de lo que le acontece contribuye a su vez a un conocimiento que él simplemente encubría, durante el tiempo en que, como categoría dominante, se afirmaba sin fisuras. A la vista de la conformidad totalitaria que proclama directamente la eliminación de la diferencia como razón, es posible que hasta una parte de la fuerza social liberadora se haya contraído temporalmente a la esfera de lo individual. En ella permanece la teoría crítica pero no con mala conciencia. (1951/2021, p. 20)

La experiencia del individuo hablante de los *mínima moralía* se aprecia, como nos lo enseña a su vez Cerda, en las grietas y fracturas de la propia individualidad. Dichas fracturas, producto de la gran violencia, llevan al individuo a contemplar el mundo desde la primera persona, en una radical alienación que es, al mismo tiempo, el reconocimiento de la incompreensión de lo que pasa afuera de sí.

La cuestión que Adorno enfrenta en esta obra es la disolución de la vida convertida en vida privada y consumo dadas las contemporáneas condiciones en las que se lleva a cabo la producción de lo que él denomina la “ciencia melancólica” (1951/2021, p. 19) en la que devino la filosofía. Por lo tanto, la urgencia de Adorno es la de encarar las nuevas condiciones, no respondiendo desde la inmediatez de las formas que pretenden abarcarlo

todo, sino desde una forma que se pone “por delante de la filosofía” y que aspira a mantener el “*dialogue intérieur*” (p. 20) con el amigo ausente sobre temas comunes que les inquietaban. Es así como los fragmentos de *Mínima moralía* contribuyen a la formulación de esta palabra que, en su quiebre, establece la necesidad del diálogo permanente, la apreciación de la luz sobre la solitaria mesa de trabajo y la valoración del fragmento como cruce de líneas de fuga de un pensamiento que no se resigna a la totalidad.

Esto nos permite comprender también el despliegue discursivo que opera en *La palabra quebrada*, el cual ordena con una aparente despreocupación sistemática el pensamiento que va de la abstracción a la concreción de las formas, veamos:

La primera parte constituye la teorización de las formas. Esa breve parte que se ocupa de la forma del ensayo (en el conocido diálogo que Adorno establece con Lukàcs en su ya clásico “El ensayo como forma” (1959/2003), pero también en honor a Montaigne), del ensayista como sujeto histórico-social problemático, y del/la lector/a de ensayos, se propone —como lo hiciera el principio hermético— declarar la correspondencia entre una sociedad en crisis y la adopción de una forma de la crisis. Esta teoría de la correspondencia crítica, es decir del reverso de las afirmaciones dogmáticas, fue la argumentación seductora del joven Lukàcs en *El alma y las formas* (1911/2013) que le dio a la retórica desesperanzada de Cerda la tonalidad abismal que la confirma.

La segunda parte se ocupa de la reflexión sobre la sociedad burguesa. Aquí la voz del ensayista deviene *flanêur* desencantado de las invenciones del mundo burgués; así el protagonismo de la calle y el mercado se toparán con la ciudad emblemática que hizo las veces de suplemento para las añoranzas del sujeto deambulante en la certeza de su pequeñez. Son “París, capital del siglo XIX” (Benjamin, 1983/2005), la experiencia baudeleriana reconstruida por Walter Benjamin que recorren los fragmentos de esta parte, así como el ensayo de Gaston Bachelard, *La llama de una vela* (1961/2015) que se refiere a la soledad de la mesa de trabajo, los que se aproximan al contenido de la tercera parte: la casa.

El tercer apartado se presenta como un acercamiento al *intèrieur* burgués, es decir, a la vida privada. No es a cualquier casa a la que dedica Cerda los fragmentos de su tercera parte; o, más bien, puede ser cualquier casa, pero vista desde el ángulo peculiar de quien trabaja en ella (y no me refiero al recursivo teletrabajo de los últimos años, híbrido de explotación, precarización y refugio); sino a la profunda relación en el orden ético y práctico del escritor con su mesa de trabajo. La mesa con su lámpara y el sujeto que

allí lee y escribe, lejos del ruido y del resto de la casa, nos plantea la preocupación por la materialidad y la corporalidad que el ensayismo de Cerda trasunta, desde un siglo de casas y vidas privadas perdidas, a causa de los exilios, los traumas y las guerras.

La cuarta parte se propone la construcción de la imagen del autor. Cerda elabora allí un contrapunto crítico a partir de la reflexión de las escrituras en primera persona, su pretendida veracidad y su certera ficcionalización. El diario y el discurso autobiográfico son expuestos en correspondencia con la diseminación del sujeto que no puede decirse “uno”, y que se muestra a través de la reconstrucción de trozos abandonados en los trayectos vitales. Es por esto por lo que la imagen del náufrago es la que mejor representa al autor de estas escrituras en primera persona, cuya figura emblemática es el Robinson de Defoe. Si recordamos, es con los restos de la civilización acarreada en el barco –y recuperada de la deriva en el mar abierto– que Robinson construye su imperio unipersonal en el que es amo, siervo, dueño y trabajador. La soledad que expresa en su diario, así como las pequeñas alegrías por los logros cotidianos (tales como hacer brotar la cebada o preparar su propio pan) consolidan lo que será el sujeto moderno y solitario del ensayismo: un sobreviviente que observa la luz por entre las rendijas de las formas quebradas de una civilización derruida y que, no obstante, resuelve hacer algo con lo que queda.

Hasta acá el recorrido por este clásico texto de Martín Cerda. Cierro haciendo alusión a lo que esta nueva edición añade: además de una breve cronología que resalta los hitos más relevantes en la vida intelectual del autor, anexa el “Discurso en la Academia”, pronunciado por Cerda al recibir el premio de la Academia Chilena de la Lengua, en 1983, gracias a *La palabra quebrada*. Este discurso realiza un reconocimiento de varias formas “menores” mediante las cuales se hace honor a la labor del lector que, manera de manera siempre inconforme, estudia lo que lee. Así la glosa y nota serían manifestaciones concretas de la insumisión lectora, de la insurrección interpretativa. Cerda se presenta como un glosador de sus lecturas; lector juicioso y revoltoso al mismo tiempo, que no pudo contener el impulso de dialogar ensayísticamente, es decir, al margen, con sus interlocutores. La dignificación de las formas menores aparece en este discurso como un acto expresivo de la moral mínima con la que Cerda quiso intervenir las letras hispanoamericanas. Concluyo con sus palabras:

Quando alguien escoge expresarse, transitoria o permanentemente, mediante la nota, está escogiendo, en verdad, no sólo una forma, sino, con ella, un modo de pensar preciso e inconfundible, que no corresponde a

la descarga fulgurante del aforismo, ni tampoco a la interrogación precursora del ensayo. En ella, sin embargo, el pensamiento suele condensarse risueña e irónicamente, como ocurre en *Tel Quel* de Paul Valéry, en *Trazos* de Ernest Bloch o en *Mínima moralia* de Theodor W. Adorno. (2022, p. 207)

## REFERENCIAS

- Adorno, T. W. (2003). El ensayo como forma. *Notas de literatura* (Trad. A. Brotons Muñoz). Akal. (Trabajo original publicado en 1959).
- Adorno, T. W. (2021). *Minima moralia* (Trad. J. Chamorro Mielke). Akal. (Trabajo original publicado en 1951).
- Bachelard, G. (2015). *La llama de una vela* (Trad. C. Schilling). El cuenco de plata. (Trabajo original publicado en 1961).
- Benjamin, W. (2005). París, capital del siglo XIX. *Libro de los pasajes* (pp. 37-63). Akal. (Trabajo original publicado en 1983).
- Cerda, M. (2014). *Precisiones. Escritos inéditos*. En G. Geraldo, H. Herrera y S. Pérez (comps. y eds.), EUV; Dársena.
- Cerda, M. (2022). *La palabra quebrada*. En G. Geraldo y P. Mena Bermúdez (eds.), Cormorán ediciones. (Trabajo original publicado en 1982).
- Lukàcs, G. (2013). *El alma y las formas* (Trad. M. Sacristán). PUV; Universitat de Valencia. (Trabajo original publicado en 1911).
- Nitschack, H. (primer semestre, 2017). Pensar el ensayo latinoamericano desde las propuestas de Lukàcs y Adorno. *Mapocho. Revista de Humanidades*, 81, 12-27.
- Parra, C. M. (Primer semestre 2017). Crítica histórica (y fragmentaria) en los ensayos de Martín Cerda. *Mapocho. Revista de Humanidades*, 81, 64-77.
- Reyes, A. (1997). Notas sobre la inteligencia americana. *Obras completas*, vol. XI. Fondo de Cultura Económica.